

es estrecha y llena de prejuicios. La tragedia de Rosaura radica en parte en el hecho de que Rosaura tiene que amoldarse a esa «moral de solterona» que predomina en Lobos. Marcos y Clara olvidan durante su viaje, que les coloca durante un breve período fuera de la sociedad, las normas que rigen esa sociedad y crean una moralidad propia, regida únicamente por el amor y la verdad. Es un amor idealista y no puede encajarse en el mundo cotidiano.

Al principio de *Don Segundo Sombra* (1926) vemos el mismo tipo de sociedad que en *Rosaura*. Las tías de Fabio guardan las apariencias de la religión, llevando al chico a misa e insistiendo en que aprenda el rosario pero no están motivadas por el verdadero espíritu de la religión, el amor. Fabio se rebela contra esta sociedad restringida para unirse a los gauchos y a través de sus viajes con ellos ir al encuentro de su propia identidad. El amor humano prácticamente no juega un papel en *Don Segundo Sombra*. Los episodios con Aurora, un encuentro fugaz y sensual, y con Paula, que inspira un amor más espiritual, son breves. El tema central podría decirse que es el dominio del «yo». Fabio, antes de marcharse con don Segundo, es indisciplinado y va camino del vicio. Con la ayuda de su padrino no solamente va instruyéndose en las faenas gauchas sino que paulatinamente va aprendiendo a dominar su cuerpo y sus pasiones. A través de don Segundo conoce el valor del autodomínio, y sabe resistir el cansancio y el dolor. Para transformarse del «gaucho» que es al principio en gaucho, tiene que asimilar no solamente una manera de vivir sino una serie de conceptos sobre la vida y la muerte.

Esta, que tanto miedo inspiraba a Marcos Galván, no asusta en absoluto a don Segundo. La acepta como una parte inevitable de la vida y esto le ayuda a encarar cualquier dificultad con calma:

«Del suelo no voy a pasar», suele decir el domador, respondiendo a las bromas de los que pronostican un golpe, entendiendo con ello que a todo hay un límite y que, al fin y al cabo, el poder está en no asustarse ante él. «De la muerte no voy a pasar», parecía ser el pensamiento de mi padrino, «y la muerte ni me asusta, ni me encuentra arisco».

Cuando todos estaban de ida hacia la muerte, él venía de vuelta.³³

De la misma manera acepta don Segundo el sufrimiento como parte íntegra de la vida y no se queja más que cuando su cuerpo se niega a obedecer sus instrucciones:

El dolor, según aprecié más de una vez, era como su pan de cada día, sólo la imposibilidad de mover algún miembro herido o golpeado, le sugería una protesta. «La osamenta», como solía llamar a su cuerpo, no debía «desnegarse» al empleo que se le quisiera dar.³⁴

Fabio admira profundamente el estoicismo de don Segundo y trata de emularlo. Admira también su moderación en todo. Don Segundo no tiene vicios y esta disciplina moral es lo que le hace destacar entre sus compañeros. No hay discusiones en *Don Segundo Sombra* sobre la existencia de Dios. Dios es una realidad para don Segundo, es El quien rige el destino del hombre:

³³ OC pág. 480.

³⁴ Id. loc. cit.

Cada hombre —dijo (don Segundo)— sigue su destino. Si ha de ser el suyo dirse, Dios lo habrá dispuesto. ³⁵

Ya hemos comentado el contraste entre la tranquilidad con que don Segundo se enfrenta con la idea de la muerte y la inquietud que provoca en Marcos en *Xaimaca*. A pesar de que Güiraldes se iba interesando cada vez más por el tema de la muerte y la posibilidad de una vida espiritual más allá, como demuestra *El sendero*, no hay discusión del tema en *Don Segundo Sombra*. La razón probablemente es que *Don Segundo Sombra* no era el medio adecuado para expresar esas ideas, como confesó el propio autor en su correspondencia con Valéry Larbaud.

Hemos intentando ir acercándonos a la figura del escritor a través de sus obras de ficción. Hay otras cosas escritas, sin embargo, algunas por él, otras por los que le conocían, que nos permiten vislumbrar sus inquietudes espirituales.

Güiraldes dejó escritas unas páginas sobre sus creencias en Dios. Estas hojas, sin fecha y escritas en francés, constan de dos partes. La primera es una carta a un tal Sr. Morlange, quien, según parece, había escrito a Güiraldes preguntándole sobre su concepto de Dios. La segunda parte se intitula, «Une meditation sur Dieu».

En la carta empieza:

Creo en Dios. Si yo no creyera, me vedaría a mí mismo el derecho de usar palabras tales como: infinito, absoluto, vivir, bondad, amor, justicia, de sentido no personal y limitado. ³⁶

En el resto, que está inédito, dice que no cree que sea posible probar ni negar la existencia de Dios. No tiene, además, ningún concepto fijo de Dios:

me es suficiente decir la palabra «Dios».

Para él:

El hecho de creer en la existencia de Dios se presenta al hombre en forma de necesidad interior. Inútil razonar. ¿Se prueba, acaso, un amor?

A continuación expresa un concepto acerca de su vocación poética que ha de desarrollar más en *El sendero*:

Yo soy poeta: es rezar oración mezquina, turbia de deseos, de pasiones y de otras pequeñas suciedades inherentes al hombre.

La poesía, entonces, es una forma de acercarse a Dios. Escribió en unos apuntes:

Quisiera que mi prosa y mi verso fueran un inmenso rezo inconsciente. ³⁷

En su «Meditación sobre Dios» afirma que cree en Dios por intuición. No expone conceptos claros sobre Dios en estas notas, y mucho menos la creencia en una religión en particular. Cree, eso sí, en la existencia de Dios, y lo ve en relación al hombre:

³⁵ OC pág. 450.

³⁶ Estas hojas, revisadas por el Dr. A.G. Lecot, han sido traducidas al español por profesoras de la Alianza Francesa de Buenos Aires. Estas primeras palabras aparecen en el prólogo de Ramachandra Gowda a la edición de los *Poemas místicos* publicada en Buenos Aires por la Editorial Ricardo Güiraldes, 1969.

³⁷ OC pág. 724.

Dios es una presunción de nuestra exaltación, de nuestro amor y de nuestra bondad.

Parece que nadie, incluida Adelina del Carril, estaba seguro de las convicciones religiosas de Güiraldes, sobre todo durante sus últimos años. Según Alfredo González Garaño, el amigo en cuya casa de París murió, murió:

católico apostólico romano, y la extremaunción le fue administrada por un cura párroco de París.

Mientras que según el testimonio de Adelina:

murió rodeado de libros de filosofía hindú.³⁸

y estaba planeando una visita a la India. Jorge Luis Borges, por otra parte, le cree teósofo³⁹ mientras que Brandán Caraffa afirma que:

El no era teósofo, pero había nutrido sus potencias en esa fuente sin límites.⁴⁰

Lo que sí parece cierto es que Güiraldes experimentó una crisis entre 1920 y 1922 que cambió su actitud no sólo hacia Dios sino hacia su trabajo literario. En una carta inédita a una amiga, escrita desde la India adonde se fue después de la muerte de su marido, habla Adelina del Carril sobre la vuelta de Ricardo a Buenos Aires desde Europa en 1922 y dice que éste:

encontró la «fuente de su vida espiritual» y entonces reanudó con Pepe (su hermano) su intimidad de antaño avivada con el nuevo lazo espiritual.⁴¹

En su prólogo a la edición de 1967 de *El Sendero* (Losada), escribe Adelina del Carril sobre la naturaleza de esta «fuente de su vida espiritual». Por lo visto el hermano de ella, Conrado del Carril, recomendó a Güiraldes una obra de Edouard Schuré, lo que le indujo a buscar libros sobre religiones orientales. No era fácil entonces encontrarlos en Buenos Aires. Había muy pocas traducciones de estos libros y las que había eran malas. Dice Adelina en dicho prólogo que:

Güiraldes anhelaba las verdaderas fuentes de la Sabiduría Espiritual Oriental.

Sabemos por el inventario de la biblioteca de Güiraldes que poseía casi doscientos libros sobre teosofía y religiones orientales, aparte de numerosos estudios sobre el cristianismo, los santos y estudios sobre la Biblia, lo que revela su amplio interés en religiones de todo tipo.

Uno de los aspectos de las religiones orientales que parece más le impresionaron, era la falta de exclusividad de esas religiones. Sigue Adelina:

La amplitud de los conceptos de la Filosofía Vedanta que nada rechaza y todo lo involucra por ser la Filosofía total del Espíritu religioso humano, satisfacía plenamente la libertad de su propio espíritu sin trabas.

³⁸ Véase NORMA DUMAS. La muerte de Ricardo Güiraldes en París, *Atlántida*, Buenos Aires, julio de 1963.

³⁹ Conversación con Borges en 1968 en Buenos Aires.

⁴⁰ A. BRANDAN CARAFFA. «Güiraldes inédito», *El Mentor*, San Antonio de Areco, Imprenta «Colón», 1928, pág. 59.

⁴¹ Carta inédita a *Mariquita*, con fecha de Bangalore City, India, el 15 de mayo de 1945 y en posesión de la sucesión de doña Leonor Pividal de Güiraldes, cuñada del autor.

Entonces comprende mejor a Nuestro Señor Jesucristo y escribe sus Poemas Místicos. Su vida cambia totalmente. Hasta entonces sólo le preocupaba el Arte por el Arte. Desde este descubrimiento, sólo le importa la vida del Espíritu.

Valéry Larbaud, gran amigo del poeta, también afirma el interés de Güiraldes por la filosofía india en sus últimos años pero considera que cualquier sentimiento religioso en sus obras es esencialmente cristiano. Cuatro meses antes de su muerte se reunió con Larbaud por última vez y le preguntó si él, Larbaud, se había sentido atraído alguna vez hacia el Oriente. Este intuía que deseaba que su respuesta fuese afirmativa. Según Larbaud:

Presque tout l'oeuvre de Ricardo Güiraldes est pénétrée d'un sentiment religieux qui semble osciller entre les doctrines qu'il connut dans l'Inde et le catholicisme de sa première éducation.⁴²

Es en sus obras de publicación póstuma, *Poemas Solitarios*, *Poemas Místicos* y, sobre todo, en *El sendero*, donde expresa Güiraldes esas preocupaciones espirituales que le ocupaban durante los últimos seis o siete años de su vida.

Poemas Solitarios muestra al autor insatisfecho con la vida y buscando una contestación a sus dudas. Tiene experiencia de la vida y rechaza lo que le puede ofrecer:

He puesto mis labios en los de la vida: Náusea.⁴³

Evoca recuerdos del pasado en los que ve todo con una luz favorable:

¡Qué blancos eran los muros de las casas, qué heroicos los hombres!

(.....)

Los árboles estaban más solos ante el firmamento. Y el sol estaba más presente en nuestras carnes y nuestros sudores.

(.....)

Y todo era más abierto.

Esto podría ser simplemente la nostalgia de los que recuerdan una niñez feliz o, indirectamente, podría ser el recuerdo de aquella época en la que poseía todavía la fe sencilla de su juventud.

La soledad que sufre el poeta es compleja. En algunos poemas parece ser la falta de un compañero con quien compartir experiencias:

La risa, el llanto, son de hombre a hombre, no de hombre a desierto.

¡Y cuántas horas ante la tierra desnuda!

¿Con quién reír? ¿A quién llorar?

El mismo tipo de soledad le conduce a Marcos Galván en *Xaimaca* a exclamar:

No he gozado lo que imaginaba. Me falta una persona a quien comunicar mis impresiones, mejor dicho con quien compartirlas.

⁴² VALÉRY LARBAUD, 'Ricardo Güiraldes (1886-1927)', *Chroniques*, n.º 6, el 20 de julio, *Le Roseau D'Or*, Librairie Plon, París, 1928, pág. 72.

⁴³ OC pág. 503. Todas las citas de los *Poemas Solitarios* y *Poemas Místicos* son de esta edición.